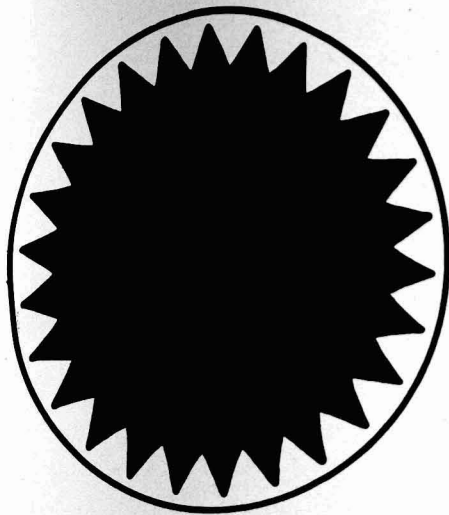




Epígrafes

José Emilio Pacheco: Atrás de las jaulas se levanta la estación del ferrocarril. Un buen número de niños suben a él — a veces acompañados por sus padres. Suben con regocijo y cuando el tren comienza su marcha se sobresaltan y luego miran con júbilo la maleza, los bosques, el lago artificial. Lo único singular en este tren es que nunca regresa — y cuando lo hace, los niños que una vez subieron a él son ahora hombres que, como tales, están llenos de miedo y de resentimiento.

José Luis Cuevas: Era uno de esos días raros de México en que hay calor. No sé a cuantos grados estaríamos. Quizá no era tan cálida la temperatura sino más bien una idea de contraste por el fresco que siempre sopla en nuestra meseta. Sucedió que a mediodía, dentro de la escuela de La Esmeralda, me sentía asfixiado. Todos los alumnos sudaban. Se quitaban sus chaquetas, la modelo transpiraba mientras mantenía una posición inmóvil. Podía ver una gota de sudor resbalando de un hombro al pecho, rodar el seno de ancho pezón y caer por el vientre hasta perderse en el matorral del pubis. Los poros de los muslos los tenía abiertos. De vez en cuando una gotita refrescante venía a correr hasta el tobillo. Me sentía mal. Aquella india que posaba quieta, como un pedazo de piedra, olía a grasa de coco, a mole, no sé a qué clase de olor, entre cocina y corral. Ese día no podía dibujar. Rompía y rompía papeles. El carboncillo se me humedecía en la mano. Ni una sola línea poseía sentido. Todo lo que trazaba carecía de significación, de poder de descripción o de evocación. Dentro de esa convalecencia que todavía a veces cedía a un reverdecimiento de la enfermedad, aquel calor inesperado me resultaba como un peligro al que me sentía expuesto. El calor externo lo confundía con la posibilidad de que la fiebre regresara.

Medio inconsciente, como obrando dentro de la cámara lenta del sueño, me salía de la escuela. Eché a andar por el centro de México. Anduve bastante sin cansancio. El aire terroso de la calle, aunque no aliviaba mi sofocación, me parecía mejor que el oxígeno maltratado del aula. Estuve en el Zócalo. No sé por qué, contemplé durante un rato la estatua de la Corregidora. Me aburría. No era hora de comer todavía y ya estaba por la calle de San Juan de Letrán. Había un cinematógrafo que proyectaba películas donde aparecían mujeres sin ropa, como las modelos de la escuela. No me dejaban entrar, debido a mis doce años. Yo aducía que aquello no era nuevo para mí, que yo las dibujaba en clase. No sé por qué no me dejaba “morder” por el vendedor de las boletas o de lo que fuera, el caso es que no se

me permitía el acceso a la sala aquella que, si mal no recuerdo, se llamaba *Novelty*. Debía conformarme con las posturas procaces de aquellas artistas a medio vestir en las carteleras que adornaban la fachada. Un rato largo, bajo el sol, estuve mirando aquellos anuncios que eran lo máximo que se me permitía. Por dentro me sentí infeliz de ser niño. Estaba algo mareado. Creo que era el calor. Lentamente, seguí mi caminata por San Juan de Letrán. Atravesé Juárez y me interné en la Alameda algo umbría, quizá en busca de una fuente. Las estatuas de mármol que bordeaban el paseo, eran mujeres arrodilladas que empinaban el trasero. Alguien les había manchado con lápiz ciertas partes. El mármol era lustroso, seguramente desgastados por las caricias de los paseantes. Me volví y entré en el Palacio de Bellas Artes. Ya no sentía tanto calor. Me sosegué mientras ascendía las escaleras hacia el primer piso alto. Estuve mirando varias cosas. Poco a poco me acerqué al fresco de Orozco. Piernas y brazos revueltos, como triturados por una máquina invisible...

Carlos Monsiváis: Y así va la vida dice el dicho y uno se va aburriendo de comentar lo incommentable, de esbozar teorías y colonizar cuartillas sobre un tema que sólo es contable y describible en mínima medida. Pero qué se le va a hacer: la entrega a Raphael ha sido, de nuevo, un gran acto de unidad de todos los mexicanos, o por lo menos, de los que hallaron acomodo en la Alameda y “El Patio” y, uno, se encuentra en la última noche de “El Patio” y, uno, de pronto consciente de las analogías históricas, sabe que Pompeya discutía sobre la moda antes del fuego y se acuerda de las ciudades de la llanura y de la ira divina sobre los excesos de la burguesía prefeudal (si cabe el barbarismo ideológico) y recuerda a su Gibbon y la decadencia y caída del imperio de Anthony Mann y contempla con lucidez tediosísima ese momento de olvido y desdén por el presente que suele preceder a la catástrofe. Mas Casandra es prontamente vuelta a la realidad con un scotch’n soda y ninguno de los presentes se acuerda y nadie cree que la Marcha de la Libertad estudiantil ponga en peligro los cimientos de nada y Hue y Saigón están muy lejos y quien ha logrado hermanar lo incommovible —la institución— con lo subversivo —la revolución— y quien le ha puesto a México siglas como medallas, bien puede darse el lujo de divertirse sin trabas una que otra nochecita. Y uno deja de soñar y de contemplar rencorosamente a una de los burguesías más estultas concebibles y uno se abstiene de expulsar a los mercaderes del templo y no le advierte a esa cándida nuevorrirracia lo efímero de su gozo y ya da comienzo el segundo show.



gironella

Precio en la República Mexicana: \$ 5.00